

xxxix.—Pág. 6. La Noche sagrada, esposa del Erebo y madre de las Hespérides y del Amor.

Cuando hay muchas tradiciones sobre un mismo asunto, me valgo de la menos conocida ó de la mas agradable para rejuvenecer los cuadros mitológicos; lo que, como se deja ver, es el colmo de la imparcialidad. Así pues el amor, á quien los poetas hacen comunmente hijo de Venus, aparece en este cuadro hijo de la Noche: alegoría no menos bella que la primera y mucho menos conocida.

xl.—Pág. 6. Yo no veo sino astros, que publican la gloria del Altísimo.

Cæli enarrant gloriam Dei.  
(PSALM. XVIII, 1.)

xli.—Pág. 6. Me vendieron en un puerto de Creta que dista de Gortines... Lébenes... Teodosia... Mileto.

Lébenes era el puerto ó escala de Gortines, y distaba noventa estadios de esta ciudad, segun dice Estrabon. (ESTRAB. lib. X.)

Teodosia era una ciudad del Quersoneso Tátrico abundante en trigo, que se vendia en todo el Levante; segun dice el mismo Estrabon, lib. VII. pág. 509.

xlii.—Pág. 6. Las crueles Ilitias.

Las Ilitias eran unas diosas que presidian los partos. Eurimedusa las llama crueles, porque Epicaris muriera al dar á luz á Cimodocea. Diana es invocada en Horacio con el nombre de Ilitia:

Ritè matus aperire partus  
Lenis Ilithya, tuere matres.  
HOR. CARM. SEC.

xliiii.—Pág. 7. Desvió la cabeza, temiendo ver al dios y morir.

Creíase que la manifestación repentina de la divinidad causaba la muerte. (Véase una nota de Mad. Dazier, sobre un pasaje del libro XVI de la Odisea.)

xliiii.—Pág. 7. Y pasando las fuentes de Arsinoe y Clepsidra...

«Vese allí (en el monte Itomo) una fuente llamada Arsinoe en la que confluyen las aguas de otra fuente llamada Clepsidra» (PAUSANIAS in *Mesen*. cap. XXXI.)

xlv.—Pág. 7. El desgraciado padre estaba sentado en tierra cerca del hogar, y cubierta la cabeza con su manto, regaba las cenizas con sus lágrimas.

Sabido es que los suplicantes y los desgraciados se sentaban en el hogar...

su dolor al sol. Era esta una antigua costumbre que se encuentra en los trágicos griegos. Yo casta en las Fenicias, abre la escena con un monólogo en el cual apostrofa al astro del dia. Esto produjo el hermoso verso de Virgilio:

¡Solem quis dicere falsum  
Audeat?

xlvi.—Pág. 7. El destino del anciano que muere sin hijos, es digno de compasion. Todos huyen de su cadáver...

Imitacion de Solon. Este gran legislador era poeta y nos quedan de él algunos fragmentos de una especie de elegia politica en la coleccion de los poetas griegos menores.

xlix.—Pág. 7. No experimentaria mas mortal amargura, aun cuando el mundo dejase de llamarme el padre de Cimodocea.

Esta forma tan patética era muy usada entre los griegos, y Ulises se sirve de ella en la *Iliada*, hablando de Telémaco.

l.—Pág. 7. Porque la cólera como el hambre es madre de los malos consejos.

El malesuada fames.  
VIRG., VI. 276.

li.—Pág. 7. Mas ¿quién pudiera igualar á las Gracias, sobre todo á la mas jóven, á la divina Pasitea?

Los nombres ordinarios de las Gracias son: Aglae, Talia, y Eufrosina. Homero llama Pasitea á la mas jóven, y en esto le ha seguido Estacio.

lii.—Pág. 7. Orfeo, Lino, Homero ó el anciano de Ascrea.

Poetas bien conocidos; el anciano de Ascrea es Hesiodo  
Ascreoumque cano romana per oppida carmen.  
VIRG., GEORG., II, 176.

liii.—Pág. 7. Al gran Filopémen y á Polibio amado de Caliope, hija de Saturno y Astrea.

Filopémen el postrer griego y Polibio el historiador eran naturales de Megalópolis en la Arcadia. Caliope, tomada aquí por la historia, era hija de Saturno y de Astrea, es decir del tiempo y de la justicia. Hé aquí el principio de la genealogia del principal personaje que ha de representar á los héroes de la Grecia. El nombre de Eudoro está tomado de Homero. Eudoro era tambien otro de los compañeros de Aquiles.

mero, encontrados por el en casa de los descendientes de Creóllo.

lvii.—Pág. 8. Las gracias honestas.

Gratiæ decentes.  
HOR., lib. I, oda IV.

lviii.—Pág. 8. Ostentaba en sus sienes una corona de papiro.

Esta era la corona de los poetas.

lix.—Pág. 8. Los dioses quisieron nacer entre los egipcios, porque son los mas agradecidos de los hombres.

Así lo dice Platon. Los egipcios tenían una ley contra la ingratitud; però esta ley desgraciadamente no ha llegado hasta nosotros.

## LIBRO SEGUNDO.

Este segundo libro de mi obra, lejos de haber sido criticado, ha merecido al contrario por lo general los elogios de todos los censores. Hay no obstante algunas personas que prefieren el primero por los bellos recuerdos que ofrece de la antigüedad. Y á decir verdad, el libro primero me ha costado mas estudio, habiéndolo revisado con mayor frecuencia y esmero.

NOTA PRIMERA.—Pág. 8. Y fue á descansar á Figalea, célebre por la abnegacion de los Orestasianos.

Figalea era una ciudad de la Arcadia, situada sobre la cumbre de un peñasco bañado en su falda por un riachuelo llamado Limaz, que se perdía en el Neda. Los figalenses, expulsados de su país por los laacedemonios, consultaron el oráculo de Delfos, que les respondió: «Lleven consigo los figalenses cien guerreros mozos de la ciudad de Orestasio: estos cien mancebos perecerán en un combate contra los espartanos, pero los figalenses reconquistarán su ciudad.» Los cien orestasianos se sacrificaron generosamente.

(PAUSANIAS in *ARCAD.*, cap. XXXIX.)

ii.—Pág. 8. El príncipe de la juventud, el mayor de los hijos de Anceo...

Acerea de los pormenores de este sacrificio homérico, véase el libro III de la *Odisea* hácia el fin. El lomo de la victima se ofrecía á la persona á quien se queria obsequiar mas cumplidamente. Ulises lo sirvió á Demodoco en premio de sus cantos, como puede verse en el libro VIII de la *Odisea*.

iii.—Pág. 8. Los dones de Ceres, que Triptolemo hizo conocer al piadoso Arcas, reemplazan la rústica bellota...

Pelasgo, primer rey de la Arcadia, dió su nombre á su pueblo, y de él fue hijo Licón que mas tarde fue transformado...

allí. Habia en la cumbre de la montaña un altar dedicado á aquel Dios, y desde él se descubria casi todo el Peloponeso. Los hombres no podian entrar en el recinto consagrado á Júpiter. Los cuerpos no proyectaban sombra alguna en aquel sitio, aunque la hiriese el sol, etc. (PAUSANIAS in *ARCAD.*, capitulo XXXVIII; Viajes del jóven *Anacarsis*, véase *Arcadia*.)

vii.—Pág. 8. Se dirige con rapidez al templo de Eurinoma, oculto en un bosque de cipreses.

Este templo estaba situado doce estadios mas abajo de Figalea y un poco mas arriba de la confluencia del Limaz y del Neda; Eurinoma era hija del Océano. La estatua de esta deidad estaba anclada en el templo con una cadena de oro, y este templo no se abria sino una vez al año. (PAUSANIAS, lib. VIII in *ARCAD.*, cap. XLII.)

viii.—Pág. 8. Y salvando el monte Elayo, pasa la gruta en que Pan volvió á encontrar á Ceres.

Elayo distaba treinta estadios de Figalea hácia la derecha; y en esta montaña se hallaba la gruta de Ceres, llamada la Negra. Ceres afligida por el rapto de Proserpina, se vistió de negro, y se ocultó en la gruta del monte Elayo, para dar rienda suelta á su llanto. Perdianse los frutos y las mieses, los hombres perecian de hambre, y en tanto los dioses ignoraban donde se habia escondido la diosa. Pan, cazando en las montañas de la Arcadia, halló por fin á Ceres; y habiéndolo noticiado á Júpiter, este mandó que las Parcas fuesen á visitar á Ceres, y ellas aplacaron con sus ruegos la ira de esta diosa, consiguiendo restituyese á los hombres las cosechas. (PAUSANIAS, lib. VIII in *ARCAD.*, cap. XLIII.)

ix.—Pág. 8. Los viajeros atraviesan el Alfeo mas abajo de la confluencia del Gortinio, y bajan hasta las transparentes aguas del Ladonte.

Ningun lector desconoce el Alfeo ni el Ladonte; el primero por sus amores con Aretusa y su paso por Olimpia; el segundo por la transparencia de sus aguas.

En agosto de 1806 atravesé una de las fuentes del Alfeo, seca entonces entre Leontari, Tripolitza y Misitra.

El Gortinio, dice Pausanias, es el rio mas famoso por la frescura de sus aguas (lib. VIII, cap. XXVII.)

Demodoco, saliendo de Figalea y bajando por el Alfeo, debia encontrar, primero el Gortinio y despues el Ladonte.

x.—Pág. 8. El sepulcro de aquel arcadio pobre y virtuoso, Aglaio de Psosis.

«Monstráronnos un pequeño campo y una choza muy reducida; allí vivia, hace algunos siglos, un ciudadano pobre y virtuoso, llamado Aglaio. Sin temores, sin deseos, ignorado de los hombres, é ignorando lo que pasaba entre ellos, cultivaba sosegadamente su corta heredad, cuyos limites nunca habia traspuesto. Siendo ya muy entrado en dias, hijos ó Cresos, poderoso rey de Lidia, envió unos embajadores al or...»

San Heraclas, discípulo de Orígenes.» (FLEURI, *Costumbres de los cristianos*).

xii.—Pág. 9. Mercurio no salió más oportunamente al encuentro de Priamo.

Véase la *ILIADA*, lib. XXIV.

xiii.—Pág. 9. Ese palacio... pertenece á Hierocles.

Esta no es una frase inventada por capricho, pues he procurado hasta donde he podido, no intercalar cosa alguna que pudiera parecer ociosa en mi composición. Este palacio será en adelante el teatro de una de las escenas de la acción.

xiv.—Pág. 9. Al llegar en medio de los segadores, el desconocido exclamó, «el Señor sea con vosotros!»

«Et ecce, ipse veniebat de Bethleem dixitque messoribus: Dominus vobiscum. Qui responderunt ei: Benedicat tibi dominus.» (RUTH, c. II, v. 4).

xv.—Pág. 9. Seguíanles muchas espigadoras que recogían las numerosas espigas...

«Procepit autem Booz pueris suis, dicens: Et de vestris quoque manipulis projicite de industria, et remanere permittite, ut absque rubore colligat.» (RUTH, c. II, v. 15 y 16).

xvi.—Pág. 9. Es el guerrero que venció á Carrausio.

En la narración y en las notas á ella veremos quien era este Carrausio.

xvii.—Pág. 9. Meleagro era menos apuesto que tú cuando cautivó los ojos de Atalanta.

Homero sigue, en orden á Meleagro, una tradición diferente de la de los demás poetas. Yo solo aludo aquí á la última. Meleagro era un héroe mozo que dió la cabeza del jabali de Calidonia á Atalanta, hija de Jasó, rey de Arcadia. Su madre Altea le causó la muerte echando al fuego el tizon á que estaba enlazada su vida. Es menester no confundir esta Atalanta con la que fue vencida por Hipoménes. Estacio da á Atalanta un hijo, que fue con los siete caudillos al sitio de Tebas. (TEBAIDA, lib. IV).

xviii.—Pág. 9. Aceptaré gustoso el presente que me haces... sino ha servido en tus sacrificios.

Todo lo que había servido para los sacrificios de los paganos, era abominable á los ojos de los cristianos.

xix.—Pág. 9. No recuerdo haber visto la pintura de una escena igual, á no ser en el escudo de Aquiles.

*ILIADA*, lib. XVII.

xx.—Pág. 9. Estos segadores no son ya mis esclavos.

La Religión Cristiana, contra la cual tanto se ha declamado, es sin embargo la que ha abolido la esclavitud; no es esto decir que todos los cristianos primitivos diesen desde luego libertad á sus esclavos; pero Lastenes seguía más de cerca este espíritu evangélico, que ha quebrantado las cadenas de gran parte del género humano.

xxi.—Pág. 9. La Verdad, hija de Saturno y madre de la Virtud.

Algunos la suponen también madre de la justicia.

xxii.—Pág. 9. Viajero! Los cristianos no son impíos.

Acerca de esta palabra *viajero*, en oposición á la de *extranjero*, séame lícito insertar aquí un pasaje del *Genio del Cristianismo*.

«El huésped desconocido es un extranjero en Homero, y un viajero en la Biblia. ¡Que diferentes miras de humanidad!

El Griego no representa más que una idea política y loca donde el Hebreo presenta un sentimiento moral y universal.

xxiii.—Pág. 9. Concédale Dios siete veces la paz de que me ha rodeado.

Esta locución es un giro hebreo: los griegos y los romanos decían *terque, cuaterque*.

xxiv.—Pág. 10. No sobre las alas de oro de Eurípides, sino sobre las alas celestiales de Platon.

Plutarco habla de estas alas en su *Moral*; yo creo sin embargo que debe leerse las alas de oro de Pindaro.

xxv.—Pág. 10. Dios me ha confiado la dirección de ellas, (las riquezas), Dios me las quitará tal vez; ¡bendito sea su santo nombre!

«Dominus dedit, Dominus abstulit.... !sit nomen Domini benedictum!»

JOB, cap. I, v. 21.

xxvi.—Pág. 10. El sol bajó á las cumbres del Foloe.

En el paraje donde colocó la escena, Lastenes descubría el monte Foloe al Occidente, un poco hacia el Norte; á Olimpia exactamente al Ocaso; el Telfuso y el Liceo se hallaban detrás de los espectadores hacia el Oriente, y se coloreaban con los opuestos rayos del sol. Todas estas descripciones son verdaderas, y están muy lejos de ser nombres escritos á lo que se liere, sin miramiento á las situaciones geográficas. Por lo demás, el monte Foloe es una alta montaña de Arcadia, donde Hércules fue hospedado por el centauro Folo, quien dió su nombre á la montaña. Telfuso es otra montaña, ó mas bien una larga cordillera de tierra alta y peñascosa, donde estaba situada una ciudad del mismo nombre. (Véase á PAUSANIAS, lib. VIII, IN ARCAD., cap. XXV.)

Ya he hablado en otra parte del Liceo, del Alfeo y del Ladonte.

xxvii.—Pág. 10. Oyóse el sonido de una campana.

No empezó hasta la edad media el uso de las campanas en las iglesias; pero en la antigüedad, y sobre todo en Grecia y en Atenas, se servían de campanas y campanillas para un fin de usos caseros. He creído, pues, que podía llamar á la oración á los cristianos griegos por medio del tañido de una campana. El entendimiento, acostumbrado á enlazar la idea del sonido de las campanas con el recuerdo del culto cristiano, se presta sin trabajo á este anacronismo, si lo es.

xxviii.—Pág. 10. Los dioses me libren de despreciar las Súplicas.

Los dos lectores conocen la hermosa alegoría de las Súplicas puesta por Homero en boca de Genix, ayo de Aquiles. Demodoco equivoca el sentido de las palabras de Lastenes y le da como es natural un giro conforme á sus creencias mitológicas. Atea, el Mal ó la Injusticia era hermana de las Litas, ó de las Súplicas.

xxix.—Pág. 10. Señor, dignaos visitar esta morada, durante la noche...

Estamos en la actualidad tan poco enterados de las cosas religiosas, que esta oración habrá sorprendido á la generalidad de los lectores, á pesar de hallarse con leves diferencias en todos los libros de la Iglesia: en el Genio del Cristianismo se dice, que entre todos los devocionarios de que usa el pueblo, no había uno solo que no encerrase algún misterio sublime, no obstante, que en unos el hábito y en otros la impiedad, no nos permiten observarlo.

xxx.—Pág. 10. El criado lavó los pies de Demodoco.

La primera acción de la hospitalidad era lavar los pies del huésped. Si este estaba en plena comunión de la Iglesia, los individuos de la familia oraban con él, y le guardaban la atención de deferirles los principales encargos domésticos, como dirigir la oración, ocupar en la mesa el asiento preferente, instruir la familia, etc. Los cristianos ejercían la hos-

pitalidad hasta con los infieles. (FLEURI, *Costumbres de los cristianos*.)

xxxi.—Pág. 10. Medidas de piedra en forma de altar, adornadas con cabezas de león...

He visto en Roma en el Museo Clementino unas medidas como las que aquí describo.

xxxii.—Pág. 10. Lastenes la mandó preparasen en la sala de los ágapes una mesa...

Los ágapes eran unos banquetes de los primitivos cristianos: unos se hacían en comun por todos los fieles, y otros en las casas particulares.

xxxiii.—Pág. 10. Alimento destinado á la familia.

«Los cristianos comían mas bien pescado y volateria que carne; y aun muchos se mantenían solamente de lacticinios, frutas ó legumbres.» (FLEURI, *Costumbres de los cristianos*.)

xxxiv.—Pág. 10. Vieron entrar á un hombre de venerable semblante, que llevaba debajo de un manto blanco un traje de pastor.

«Estando en mi casa y habiéndome sentado en el lecho despues de haber orado, vi entrar á un hombre de rostro venerable en traje de pastor, cubierto con un manto blanco, llevando un zurrón á cuestas, y en la mano un cayado.» (FLEURI, lib. II).

xxxv.—Pág. 10. Era Cirilo, obispo de Lacedemonia.

No es este ninguno de los santos conocidos con el nombre de Cirilo. He buscado en vano un obispo de Lacedemonia de esta época, pero solo he encontrado un obispo de Atenas. Por lo demás, el retrato que he hecho de Cirilo es igual al de muchos eminentes obispos de aquel tiempo; y en toda su historia, en las cicatrices de su martirio, en la fuerza á que hubo de recurrirse para encumbrarle á la dignidad episcopal, todo es verdadero menos el nombre.

Los fieles se prosternaban delante de los obispos, y les daban los nombres sagrados que la familia de Lastenes da á Cirilo.

xxxvi.—Pág. 10. El me ha prometido contarme su historia.

Estas palabras sirven para enlazar la narración de Eudoro con lo restante del poema. La promesa de Eudoro á Cirilo se supone anterior al principio de la acción. El ansia de Cirilo por saber la historia de Eudoro, queda justificada plenamente por el carácter del obispo, el del penitente y las costumbres cristianas de aquellos siglos.

xxxvii.—Pág. 11. Eudoro leyó durante una parte de la comida...

«Los cristianos hacían leer la sagrada Escritura y cantaban himnos graves y espirituales, en vez de las canciones profanas y de las bufonadas que usaban los paganos en sus festines, pues los fieles no condenaban la música, ni el regocijo con tal que fuese santo.» (FLEURI, *Costumbres de los cristianos*.)

xxxviii.—Pág. 11. Cimodocea temblaba.

He aquí el primer hilo de una trama que va á estenderse por grados.

xxxix.—Pág. 11. Finalizada esta (la comida) todos fueron á sentarse á la puerta del jardín en un banco de piedra.

Esta antigua costumbre se lee en la Biblia y en Homero. Los jueces de Israel van á sentarse á las puertas de la ciudad, y Néstor se sienta á la puerta de su palacio en una pulida piedra. Todavía se descubre alguna huella de estas costumbres entre nuestros abuelos, en el siglo de S. Luis, esto es, en el de la religión, del heroísmo y de la sencillez.

xl.—Pág. 11. El Alfeo hacia correr por la parte

baja de este jardín... las ondas que en breve habían de ser coronadas por las palmas de Pisa.

El Alfeo, que corria al principio por la Arcadia, entre vergeles, pasaba despues por la Elida en medio de triunfos. Lo demás de la descripción, sobre todo relativamente á los animales y árboles de la Arcadia, se apoya en el testimonio de Pausanias, Aristóteles y Teofrasto, y en mis propias observaciones oculares. Ya es sabido que Mercurio construyó una lira con la concha de una tortuga muy grande que encontró en el monte Quelidoro. Lo propio refiere Tournefort en orden á los baños de Creta y al modo con que las cabras recojen la goma cisto.

xli.—Pág. 11. Cuyos pasos hacen estremecer las montañas, como al tímido cordero... admiraba esa sabiduría que descuella como un cedro sobre el Líbano, como un plátano á la margen de las aguas:

«Montes, exultastis sicut arietes, et colles sicut ovium.» PSALMO CXIII, v. 6.

«Quasi cedrus exaltata sum in Libano.»

«Quasi platanus exultata sum juxta aquam in plateis.»

xlii.—Pág. 11. Dejó un cantor divino al lado de Clitemnestra.

ODISEA, lib. IV.

xliii.—Pág. 11. Empezó por el elogio de las Musas.

Por lo que hace á todo el canto de Cimodocea, remitido al lector á las *Metamorfosis* de Ovidio, á la *Iliada*, á la *Odisea* y á la vida de Homero, escrita por varios autores. He admitido el certámen de la Lira entre Homero y Hesiodo, aunque no se dude ya que estos dos poetas vivieron en diferentes épocas, puesto que aquí no se trata de verdades históricas.

xliiii.—Pág. 11. Hasta las Parcas vestidas de blanco y sentadas sobre el eje de oro del mundo...

Demodoco arregló todo esto á su modo. Platon es quien cuenta esta historia de las Parcas al fin del libro X de su *República*, aunque algo diferente de lo que aquí está. ¿Cómo no han visto este error los *enemigos* de los Mártires? Bella ocasión por cierto se les presentaba aquí de triunfo y pedantería.

xlv.—Pág. 12. La paloma que llevaba en los bosques de Creta la ambrosia á Júpiter.

Este dios fue alimentado en su niñez por una paloma que le llevaba la Ambrosia.

xlvi.—Pág. 12. Cántanos esos fragmentos de los Libros santos que nuestros hermanos los Apolinarios han arreglado para la lira.

Esto es un anacronismo; pues los Apolinarios vivían en el reinado de Juliano, y durante la persecución suscitada por este emperador, fue cuando pusieron en verso parte de los Libros santos.

xlvii.—Pág. 13. Cantó el nacimiento del Caos.

Respecto de este canto, léase toda la Biblia.

xlviii.—Pág. 14. Creyendo que las Musas y las Sirenas habían renovado en las márgenes del Alfeo el combate que en otro tiempo se habían dado.

Las Sirenas, hijas del rio Aqueloo y de Caliope, desafiaron á las Musas á un certámen de canto, y habiendo sido vencidas, las Musas las despojaron de sus alas, de que se hicieron coronas. Los poetas no están de acuerdo relativamente al lugar que fue teatro de este certámen.

xlix.—Pág. 14. Empero no bien hubo cerrado sus párpados, tuvo un ensueño.

Este sueño es el primer presagio del desenlace. Suplico otra vez á los amigos del arte que se dignen poner alguna atención en la composición de los *Mártires*; tal vez hay en